DIMENSIONES PERDIDAS DEL PAISAJE RURAL

PASCUAL RIESCO CHUECA¹

La experiencia del contacto con el paisaje rural atraviesa por transformaciones tan radicales que es difícil que un paseo actual por el campo pueda tocar el mismo teclado sensorial que un paseo decimonónico. En rigor, la experiencia del paseo por el paisaje es bien otra, y las expectativas y recompensas que nos otorga el marco rural pertenecen a un ámbito nuevo. Ciertas funciones emocionales, culturales y simbólicas del paisaje han caído en la obsolescencia, o se han vuelto impracticables al sucumbir sus condiciones de posibilidad. Se pretende en este estudio recorrer las facetas sensoriales y cognitivas del encuentro con el paisaje rural para evaluar cuáles son sus dimensiones extintas, contaminadas o amenazadas. La revisión se apoya en recientes recorridos por espacios rurales de Portugal y España, y adapta conceptos de uso frecuente en la teoría del paisaje a la descripción de la crisis que está remodelando nuestros modos de inserción en el entorno.

INTRODUCCIÓN

El paisaje es la obra de arte más antigua y más colectiva. La naturaleza puso el bastidor y la tarea humana fue sobreponiendo capas, que a su vez la naturaleza volvía a repintar con sus mohos, verdines y pigmentos. La cara visible de este proceso sedimentario es el rostro del territorio, su paisaje. ¿Cuál es el centro de cada paisaje? Un cuerpo humano²: desde él, el tacto, el oído, la vista, el olfato lanzan radiación hasta sus correspondientes horizontes sensoriales. De la suma de territorio y de sentidos nace la extensión sensible que hace manifiesto el mundo.

A este teatro viejo de cultura y naturaleza, a esta aureola del cuerpo sobre la tierra, sin embargo, le faltan valedores. Las ciudades se desparraman como un reguero de formas fáciles sobre el campo desconcertado, donde la agricultura de plásticos y chapas se abre paso en un espacio abandonado por los ritos campesinos. La capacidad individual para generar fealdad es barata e ilimitada: bastan diez mil pesetas para techar con aluminio reflectante una nave agrícola, hiriendo con duros brillos muchas leguas de paisaje. Un supermercado de accesorios parece hacer zafarrancho de sus productos sobre las lomas y los llanos del campo. Las cercas de alambre, los tendidos eléctricos, las garitas de registro o las antenas de telefonía móvil se reparten las distancias. Y máquinas cada vez más poderosas, en manos de cualquiera que pueda pagarlas, perforan, destripan, inventan montes y desinventan valles.

Y a todo esto, por repliegue de la mirada hacia las escalas pequeñas -del televisor, del césped casero, del campo de fútbol-, va adormeciéndose lo que cabría denominar *estética de*

¹ Universidad de Sevilla, Centro de Estudios Paisaje y Territorio

² Pessoa (1982) lo expresa con la fórmula: «É em nós que as paisagens tem paisagem» («es en nosotros donde los paisajes tienen paisaje»).

lo extenso. Se disuelve el anclaje de la sociedad con el lugar, se abandona el trato y la reverencia con el *genius loci*, y por falta de afectos, los matices naufragan bajo el peso de los estereotipos. Cuando, al mismo tiempo, una ciudad se abalanza en masa para asistir a una exposición de pintura mientras que consiente en su misma fachada la bárbara degradación del ruedo periurbano, es que algún órgano sensible está mutándose hasta lo irreconocible. Si los visitantes a los circuitos del románico castellano no perciben la cochambre de naves ganaderas, las alambradas y los volúmenes banales que, como hongos, crecen a dos pasos de las iglesias, es que alguna nueva presbicia está minando los ojos, ya cansados, de Occidente.

¿Cómo sacudir este entumecimiento? ¿Cómo ayudar a orientar los usos y las funciones del terreno para que la presencia humana sea ligera y honda como la historia, como la tierra? ¿Cómo pasar de la ocupación del suelo a la residencia en y con el espacio? Muchos trabajan ya en estas tareas, y sin embargo, se nota un vacío: ni la Administración acaba de encuadrar el paisaje como tarea digna de esfuerzo e inversión, ni la Universidad traza un surco de estudios para el paisaje, ni los ecologistas hacen defensa eficaz de los valores de éste -intimidados quizás por el aluvión de sus causas pendientes-, ni la intelectualidad española, de condición incorregiblemente urbanita, logra producir reflexiones con el suficiente eco. Así que parece como si el paisaje fuera para muchos una cuestión borrosa, fácil de tapar con las bambalinas de un decorado urbanizador, y eternamente subordinada a todas las tareas realmente dignas de la época.

Existen, pese a ello, numerosos esfuerzos y estudios sobre el paisaje, que atienden desde diversos frentes a las líneas principales de atención. Cabe agruparlos sobre tres ejes: sostenibilidad, creatividad y contemplación.

Bajo el epígrafe de *sostenibilidad* se aportan contribuciones que tratan del paisaje en tanto que patrimonio que ha de ser mantenido: las propuestas de inventario y preservación, el estudio de los engranajes productivos y residenciales que conmueven su configuración, las ciencias sociales y naturales que sujetan y mantienen vivas las formas del paisaje. También aquí caben las aportaciones defensivas, que levanten acta y denuncia de los episodios de destrucción más recientemente abatidos sobre los paisajes.

En el siguiente cajón, *creatividad*, se incluye la concepción del paisaje como proyecto: como ámbito de expresión, susceptible de autorías colectivas por participación restauradora. La reparación de heridas, la composición de profundidades y opacidades vegetales, la búsqueda de materiales no agresivos a la vista, la propuesta de modos de reconstrucción de cercas o de homologación de materiales de construcción para el campo: todo ello es tarea para tales contribuciones, centradas en la búsqueda activa de modos de expresión para configurar los entornos.

Finalmente, en la rúbrica de *contemplación* tienen asiento estudios sobre percepción, poética y comprensión del paisaje. Acceder a una estética de las formas extensas (las que trascienden el marco de la adquisición) es una necesidad contemporánea que el mercado no puede estimular. Las mercancías -y también las creaciones del arte- son por su propia naturaleza objetos de tamaño limitado. Rebasar esta limitación exige mediaciones complejas entre las distintas sensibilidades de la época, urdiendo con la teoría formas para escapar del confinamiento y la cacofonía de los idiolectos sensoriales.

Los estudios del paisaje se sitúan por lo tanto en una encrucijada de disciplinas. En ellos se convocan reflexiones cruzadas provenientes de ámbitos como la ordenación del territorio, la filosofía del espacio, la jardinería, la ecología, las artes plásticas, la arquitectura, la

agronomía o la antropología. Necesariamente transitan por sus páginas las ciencias sociales, las naturales, las artes y las ingenierías.

El presente estudio pertenece principalmente a la tercera rúbrica, la de la contemplación. ¿Cómo está variando la experiencia de quien se acerca al campo en busca de emoción, reflexión o reposo? ¿Cuáles son los atributos perdidos de la sensación de estar en el campo? Tales atributos perdidos, o al menos, en fase crepuscular o de eclipse, son el objeto de la siguiente divagación.

ATRIBUTOS DE UN PAISAJE EN MUTACIÓN

Cualquier observador del paisaje es consciente de las intensas alteraciones que lo afectan. Libremente cabe adaptar a nuestro entorno la valoración de Borges (1999) referida a Argentina, en la fecha precoz de 1921: «me pareció un territorio insípido, que no era, ya, la pintoresca barbarie, y que aún no era la cultura»; o el malhumorado juicio de Maupassant, en 1884: «el feo campo de París, en el que brotan horriblos chalés burgueses»³. El paisaje gestado por las transformaciones contemporáneas está adquiriendo los rasgos de una producción industrial o militar, sin los consuelos o refinamientos de la civilización, y sin las densidades expresivas de la etnografía. La topografía se fabrica (movimiento de tierras), la cubierta biológica se desmonta y se improvisa (ciclos de incendios y revegetaciones), los recorridos se racionalizan (pistas rectas de la concentración parcelaria), las texturas se modifican (plásticos y chapas), los accesos se regulan (alambradas). De estos paisajes modificados se evaporan progresivamente varios valores irremplazables: el carácter abierto, los matices y el espesor de capas, la ligereza. Sin embargo, a la hora de levantar un inventario inteligente de las transformaciones, es necesario afinar las herramientas descriptivas para llegar al núcleo de la crisis.

Son numerosos los estudios recientes que pretenden establecer procedimientos de caracterización, a fin de elaborar un cuerpo de indicadores para comparar unos paisajes con otros, así como determinar con claridad cuál es la naturaleza de los cambios que se registran en un espacio. Las perturbaciones que caen sobre el medio se acumulan y producen efectos de sinergia hasta que, cruzado un umbral, el carácter del paisaje sufre mutación. Pasado este punto, la sensación básica que asociamos con el lugar empieza a ser otra.

Los conceptos que caracterizan un paisaje pueden ser clasificados mediante una adaptación libre de la tripartición kantiana desarrollada luego por Habermas, que distingue tres ámbitos de acción: el cognitivo-instrumental, el práctico-moral, el estético-expresivo. Lo cognitivo, en el campo del paisaje, está asociado a datos físicos (biogeografía), cuya manifestación se plasma en un conjunto de atributos sensoriales (materiales, compositivos, escénicos, cromáticos). Lo práctico-moral se ciñe a las utilidades y funciones que asignamos a un territorio. Lo estético-expresivo remite a valoraciones y preferencias culturales, mediadas por la educación sentimental y artística del sujeto. En su desarrollo, esta división coincide con la propuesta por Parris (2002) para el diseño de indicadores de paisaje: estructurales, funcionales o valorativos. Los indicadores se orientan a lo estructural cuando prescinden de los atributos del observador para centrarse sólo en los atributos del paisaje, fundamentalmente los visuales. Son funcionales cuando derivan de las aplicaciones productivas o sociales que el observador asigna al territorio; son valorativos cuando emanan de preferencias, gustos y deseos del observador.

3 «La vilaine campagne de Paris où bourgeonnent d'affreux chalets bourgeois» (Maupassant, 1997).

Si se plantea la cuestión desde el ámbito de la percepción, surge una nueva bifurcación metodológica, a la hora de decidir qué elementos prevalecen: la dimensión escénica, de propiedades formales intrínsecas -unidad, equilibrio compositivo o cromático- que apelan a la sensualidad del observador, o la estrictamente cognitiva, basada en la experiencia y el conocimiento, esto es, la capacidad de generar conceptos en torno a lo contemplado. A propósito de esta distinción se han construido argumentaciones de alto valor (Parsons y Carlson, 2004). Ambas tradiciones, la formalista y la cognitiva, ofrecen asideros útiles para la reivindicación de los paisajes. En líneas generales, puede comprobarse que cuanto más cotidiano es un paisaje, esto es, más cercano a la vida ordinaria y menos ligado a experiencias excepcionales, tanto más prevalece lo emocional, lo vivido y lo conocido sobre los escuetos parámetros visuales de la composición (Voulligny y Domon, 2006).

En cualquier caso, una rama destacada de los estudios de caracterización paisajística se atiende al campo visual. Tveit, Ode y Fry (2006) elaboran un esquema de análisis para describir el carácter visual de un paisaje. A tal fin, proponen nueve conceptos: *stewardship* (mantenimiento, esmero o cuidado), *coherence* (consistencia, armonía, equilibrio), *disturbance* (intrusión, perturbación, impacto), *historicity* (continuidad y riqueza histórica), *visual scale* (campo de visión, apertura, cerrazón), *imageability* (capacidad de evocar una imagen potente y definida), *complexity* (riqueza formal), *naturalness* (robustez ecológica), *ephemera* (variación estacional y meteorológica). Son conceptos productivos para aclarar la evolución del paisaje y permitir la comparación entre paisajes vecinos.

En estas notas se pretende revisar la crisis actual del paisaje (fundamentalmente en España; la crisis en Portugal es menos intensa) a la luz de unos conceptos que rebasan el marco establecido por Tveit, Ode y Fry (2006). Si ellos se ciñen al campo de lo visual, aquí se adoptará un enfoque más abierto, usando la experiencia cultural del paseante como referencia. Se trata pues de ir más allá de lo escuetamente visual para repasar conceptos holísticos, integradores de la experiencia cultural del observador. Ciertamente, es necesario hacer uso parcial de los conceptos introducidos por Tveit, Ode y Fry, quienes a su vez remiten a estudios de otros numerosos autores. Pero por añadidura se introducen aquí otros conceptos de raíz cultural y antropológica. El conjunto de conceptos aspira a ofrecer una pauta útil para la crítica y la resistencia social. La presentación no es exhaustiva ni agota los temas tratados, cuya ordenación tampoco está sometida a una lógica conceptual estricta.

Se persigue en suma caracterizar los cambios en el paisaje desde el polo perceptivo representado por el observador culto contemporáneo, con un telón de fondo: el ocaso de las culturas campesinas. Para asentar tal enfoque, es menester sacrificar la nitidez de adscripción de los conceptos, que ya no pueden ser ubicados en el plano de lo visual; y tampoco pertenecen ya sólo al primero de los polos del trinomio estructural, funcional, valorativo; sino que necesariamente, por su carácter integrador, trafican y traspasan entre las tres esferas.

LIGEREZA: LA HUIDA DEL HACINAMIENTO

Todo el planeta está marcado por la presencia humana, es cierto. Y esta presencia puede ser percibida como un signo reconfortante, como un hábitat de elección (el benévolo asfalto, la fraterna farola de los urbanitas), o como una sobrecarga agobiante y ominosa. La última connotación, la del agobio, es la que progresa con mayor firmeza en estas décadas de explosivo crecimiento demográfico, un crecimiento que se desmultiplica merced al simultáneo crecimiento de la huella ecológica per cápita. Somos más; y cada uno de nosotros ejerce más presión sobre el planeta. Actualmente es más acelerado el crecimiento de este segundo componente.

En la valoración tradicional del paisaje rural se destaca el placer de la expansión. Tras temporadas de reclusión y entumecimiento en escenarios urbanos, la salida al campo es una brusca apertura que ofrece a los sentidos el libre juego de la distancia y revela de nuevo los interlocutores radiantes de la vida terrestre: el sol, el aire, el horizonte azul. Keats lo formula con intensidad inigualable: «Para quien largo tiempo ha macerado en la ciudad, es muy dulce mirar el gentil y despejado rostro del cielo, soltar una plegaria de lleno hacia la sonrisa del azul firmamento».⁴

Es por ello por lo que el paisaje adquiere su máxima potencia emocional cuando el receptor tiene mermada la fuerza física o la movilidad. En tales casos, la manifestación -aunque sea fragmentaria y dificultosa- del mundo ante los ojos del que está postrado o encarcelado adquiere todo su valor expresivo: «solo dos tipos de personas conocen el deleite de valorar el aire, el paisaje y el buen tiempo: el enfermo, que ha resistido una enfermedad grave en su cama, y al recuperarse saluda a la naturaleza con fuerzas que reviven; y el preso, que languidece meses en la lóbrega mazmorra».⁵

La función expansiva y compensadora, cada día más difícil de satisfacer, debe adquirir por escasez un valor creciente. Mitigar la sensación de hacinamiento ha de convertirse en un propósito fundamental de la experiencia del paisaje: cómo organizar las formas y las huellas de la presencia humana de manera que sean leves, que no opriman visualmente, y que no sometan al espectador a la angustia con que se constata una invasión proliferante. La actual plaga urbanizadora, la incesante reproducción de las autovías, la entronización en las montañas de esquís y molinos de viento, el corsé litoral, la agricultura de plástico y chapas: ¿dónde ir que no se sienta el acoso de formas invasoras? La ubicuidad de las huellas es tan opresiva que hasta desde la lejanía del viajero en avión se siente la piel de Europa despellejada por desmontes, tatuada por una densa trama de pistas, límites de parcela, desparrames urbanos, hormigueantes autovías, cortafuegos, embalses y regadíos. Coronar una montaña no trae hoy una recompensa de distancias majestuosas sino que nos aboca a la inquietante contemplación del destripado amasijo yacente bajo las cumbres.

La misma oposición campo-ciudad ha ido entrando en crisis como consecuencia del desparrame urbano (*urban sprawl*) y el descontrol de las segundas residencias. Extensas manchas urbanizadas crecen en torno a los ruedos de ciudad. Incluso poblaciones de rango medio, por debajo de los cincuenta mil habitantes, segregan a su alrededor un círculo de influencia, con urbanizaciones y parques industriales dependientes del núcleo urbano. Dado que las capitales de provincia castellanas y leonesas están próximas entre sí, empieza a producirse la coalescencia entre áreas de influencia vecinas. Entre Salamanca y Zamora (61 km) ya se ha producido la tangencia de círculos: las últimas urbanizaciones de la provincia de Salamanca, deplorablemente enclavadas en medio de monte de quercíneas, son linderas de otras urbanizaciones ya en la provincia de Zamora.

Por lo tanto, la lejanía a la ciudad ya no es óbice para la invasión por instalaciones y urbanizaciones de carácter agresivo. Precisamente, los bordes provinciales parecen invitar a las menos halagüeñas iniciativas. En el límite provincial entre Salamanca y Zamora, sobre las lomas que separan la vertiente del Tormes y la del Duero, se ha asentado un

4 «To one who has been long in city pent, / 'Tis very sweet to look into the fair / And open face of heaven,— to breathe a prayer / Full in the smile of the blue firmament» (Keats, 1978).

5 «Nur zwei Arten von Menschen wissen das Glück der Luft, der Landschaft und des hellen Wetters zu würdigen, der Kranke, der eine tödliche Krankheit in seinem Bette überstanden hat, und sich nun wiedererholt, um die Natur noch lange Zeit mit neu anwachsenden Kräften zu begrüßen, und der Gefangene, der monatelang im dumpfen Kerker schmachtete.» (Tieck, 1971).

enorme vertedero de residuos urbanos en el término municipal de Aldeanueva de Figueroa. Para completar la desolación, el límite provincial viene marcado por otro hito inquietante: la torre de vigilancia de la gigante cárcel de Topas, cuya ubicación fue elegida (entre otros criterios) buscando distanciarse por igual de ambas capitales. Todos somos pues judíos errantes del paisaje, acosados por la fealdad; y alejarse de la ciudad ya no es garantía contra los sobresaltos.

CARÁCTER ABIERTO: LA LIBRE MOVILIDAD

Se trata de una dimensión esencial en la experiencia del paisaje. La visita a un monumento o la asistencia a un concierto se ajustan a unos protocolos de entrada y salida que constriñen físicamente al participante durante el tiempo de fruición. Un itinerario en torno a un hito monumental, o una sesión al pie de una orquesta: son sucesos espacialmente limitados, a menudo sometidos a una regulación sobre entrada y permanencia. Incluso la visita a un enclave arqueológico extenso o a un espacio natural puede estar circunscrita por reglamentaciones de acceso y estancia, que se concretan en la imposición de salida, la vigilancia durante la visita, y la previsión de itinerario. Lo específico de la interacción con el paisaje, entendido éste en su sentido más extenso, es su carácter no limitado en lo espacial ni en lo temporal. Innumerables fórmulas de interacción se pueden ir planteando. Deambular, divagar, salir del camino, demorarse bajo un árbol, sacar un libro o un cuaderno, zigzaguear, subir o bajar: son opciones constantemente actualizables y reversibles, que dotan al paseante por el paisaje de la plena dignidad asociada a la libertad de ruta. Este rasgo es decisivo y diferencia al paseo paisajístico de otras actividades regimentadas como, por ejemplo, el senderismo (ligado a un recorrido lineal) o la recolección de setas.

Desde hace décadas progresa una tendencia a inhibir esta dignidad del paseante, esta capacidad de «experimentar todo el feliz privilegio de la libertad campestre, de errar de un sitio a otro en libre y lujosa soledad»⁶. La cantidad de terreno cercado anualmente es abrumadora. La alambrada se ha convertido en una inseparable compañía de los caminos. Hasta las lagunas y los arroyos se rodean o se dividen con cerramientos. Los hilos de alambre con púas, las mallas gallineras (alambre romboidal), los vallados cinégeticos y las electrificaciones, a veces de feroz catadura, han vuelto inaccesible una descabellada fracción del paisaje español. En las comarcas ganaderas del occidente castellano y leonés, la concentración parcelaria se traduce en lo siguiente: destinar dinero público a constreñir el movimiento del público. Aunque parezca mentira, el paisaje tradicional de bocage (cortinas), una retícula de pastos separada por linderos porosos de alineaciones vegetales o trémulas vallas de mampostería, se está todavía concentrando masivamente. El resultado es un desmonte general de las lindes, una parcelación diseñada con criterios análogos a los de un polígono industrial, y la generalización de las alambradas como procedimiento universal de cierre.

Al paseante le queda la opción de transitar por pistas rectas, rodeado a ambos lados por alambres, y elegir en los cruces entre el ramal de la derecha o el de la izquierda. ¿Qué efecto acumulado tiene sobre la psique la exposición prolongada a tanta reiteración de amenaza: miles y miles de púas apuntando hacia el paseante? En el interior de las parcelas, sometidas a la dura arbitrariedad de una posesión sin pudores, los desarrollos son libres.

⁶ «Feeling all the happy privilege of country liberty, of wandering from place to place in free and luxurious solitude» (Austen, 1994).

Nada impide, en tales alveólos de la propiedad privada, las derivaciones más consternantes: acumulación de neumáticos usados, restos de chapas, inmundos tinglados en desuso, árboles carbonizados o agonizantes por sobrepresión ganadera, charcas de carburante y orines, gigantes naves y silos entre el bosque, apliques, floripondios, enanitos y complementos de gran almacén. Y todo ello bajo la amenaza de otros infortunios sensoriales en los espacios libres: atronadoras garrapatas llamadas *quads*; la prepotencia de los todoterrenos; los cañones de los cazadores. ¿Y cómo no sucumbir al desaliento tras constatar estas y otras depredaciones del paisaje si, para remate, la mayor parte del territorio, donde pudiéramos quizá encontrar consuelo, está enterrada bajo alambradas?

Las áreas periurbanas han sufrido otra forma variante de exclusión. Se trata de las urbanizaciones blindadas (*gated communities*), islas de privilegio social a las que el acceso a pie o en automóvil está prohibido para cualquier forastero. Mediante la exaltación de valores como la seguridad y la exclusividad, se acotan espacios, rodeándolos de cercas, barreras visuales, casetas de control (Low, 2001). En España, como en gran parte del planeta, este fenómeno urbano, que rompe las afueras fragmentando el espacio en islas urbanas impenetrables, ha adquirido gran difusión. En particular, han emergido variantes míseras del mismo fenómeno, urbanizaciones para bajo poder adquisitivo en las que la mala calidad de construcción, el deficiente grado de equipamiento y la ramplona jardinería conviven con hirsutos signos de agresividad: alambradas estilo *Reich*, puestos de control, placas de exclusión.

Otra parte no insignificante del campo ha dejado de ser paseable por razones diferentes. Entre ellas, la agresividad de nuevas formas de agricultura. El regadío tecnificado con *pivot*, además de vaciar ociosamente y a la luz del día los acuíferos, define extensiones infranqueables, donde los pasos se hundén; los insípidos maizales y los cultivos bajo plástico, los inverosímiles arrozales de la llanura extremeña: son otros tantos espacios infranqueables, que sólo pueden ser contemplados desde el borde.

Todo ello afecta a la raíz del placer paisajístico. El ámbito de la experiencia paisajística carece de fronteras. Desde un centro (fijo en el caso del observador inmóvil, azarosamente desplazable en el caso del paseante) se va produciendo una diseminación de la mirada y los sentidos, a la que sigue una recolección perceptiva. Los significados y valores asociados al paisaje no pueden preverse; las satisfacciones no pueden anticiparse; la foto y el encuadre no pueden darse por evidentes. Ingold (1993) lo formula así: «en el espacio [geográfico], los significados están adheridos al mundo; en el paisaje, [los significados] son cosechados en él»⁷. Es decir, la experiencia de paisaje no puede constreñirse a unos límites y unos focos de atención. Es esencial en ella la labor de libre compilación con que el observador, en función de su actividad perceptiva, disemina los sentidos, espiga elementos y encuentra en ellos significación.

Contra esta apertura se cierne la tendencia a etiquetar y anticipar la recepción paisajística. Los miradores, las rutas y los hitos, elogiados como punto de partida, pueden convertirse en fetiches sustitutorios que desactivan la posibilidad de una mirada libre. Si se dan por supuestos el recorrido y los descansos en un paseo, con ello se está privando a la experiencia del paisaje de su eje: el libre albedrío. Es cierto que la definición de itinerarios surge precisamente como tentativa de defensa ante un territorio repleto de alambradas y trincheras, y en el que, a la vuelta de cualquier loma, la iniciativa privada (o la pública) puede propinaros alguna visión consternante: una nave ganadera rodeada de detritus, una montaña de neumáticos, un harapiento campo de plásticos. De ahí que, en un intento de controlar la complacencia, los promotores

7 «Whereas with space, meanings are attached to the world; with the landscape they are gathered from it».

turísticos intentan salvaguardar precarios enclaves o segmentos de recorrido. Con este fin, se empaqueta la experiencia de paisaje en unos recorridos y unas paradas en mirador. El resultado es constreñir la sensación a un molde, con lo que la esencia del placer paisajístico, la libertad que lo hace único y diferente, se pierde.

RIQUEZA DE TRAMAS, Matices Y SUPERPOSICIÓN DE CAPAS

En origen, la explicitud es un rasgo de los artefactos industriales. Su razón de ser es su función, a la que se debe la forma. Por ello, los atributos estéticos de los objetos diseñados suelen poner de relieve aquello para lo que fueron concebidos. La bicicleta, por ejemplo, es pura explicitud: un esqueleto, unas ruedas reducidas a la función de sustentar con casi invisibles radios dos circunferencias de yanta, unos pedales de impulsión, una cadena, frenos, luces. Las tecnologías más recientes, en su evolución hacia la complejidad, han ido perdiendo esta transparencia, pero el cuadro de mandos, el manual, el salpicadero son reductos de plena explicitud.

El paisaje, en cambio, hijo complejo de naturaleza, historia y bellas artes, carece de diseñador oficial, y no puede reducirse a una ni muchas funciones. Tampoco puede asignársele un estado óptimo, una forma prístina o un color de referencia. Su ser es basculante, y se mece entre ciclos y crisis, musitando indecisiones.

La intervención contemporánea tiende a abolir esta libre flotación de formas. La repoblación forestal disciplina el dosel arbóreo, la agricultura tecnificada geometriza las parcelas y los acabados, la acción de herbicidas y fertilizantes homogeneiza los colores. Una pradera tradicional, en la que conviven y rivalizan numerosas especies herbáceas, se manifiesta como un bamboleante patrón de colores que se irisan, se nublan, se aleonan, se engranan a merced de los pulsos de la brisa. La pluralidad de flores y la incidencia cambiante de la luz sobre tallos y hojas da lugar a un efecto de muaré, con indecisas predominancias, bailes cromáticos y efímeras arquitecturas vegetales. En cambio, un pastizal sometido a la drástica simplificación que introducen los herbicidas, o la acción oportunista favorecida por la nitrificación, se ve dominado por unas pocas especies cuya hegemonía reduce la danza de colores y formas a una coreografía más simple y obstinada. Son prados que, aun así, pueden ser deslumbrantes en su colorido: las extensiones violetas dominadas por *Echium* spp., los blancos tapices de *Raphanus raphanistrum*, las cunetas de amarillo chillón colmadas de *Oxalis pes-caprae*. Los herbicidas han cambiado la paleta de colores y la aplicación de manchas: de lo pardo a lo chillón, de lo moteado a lo liso. Para algunos, estos nuevos efectos son placenteros por su sencillez pegadiza. Pero es una espectacularidad pobre, cuyos efectos se repiten y banalizan, y cuya temporalidad es menos compleja (Brassley, 1998).

La producción intensiva, por su propia vocación declarada, aspira a densos monocultivos vigorosos. Las formas resultantes son monótonas y opresivas: un campo de girasoles, un maizal o plantío de remolachas. Así como la domesticación reemplaza el pelaje aleonado de los lobos por los colores chillones y a manchas de los perros de caza, y sustituye la parda capa del uro por el patrón blanquinegro de la vaca frisona, de modo análogo un paisaje de rectángulos monocolors viene a sustituir las vetas, visos, aguas y vislumbres del labrantío tradicional. Se produce pues una drástica simplificación del paisaje agrícola, encubierta por una proliferación de los apliques. Se extingue el matiz, y desembarca la ortopedia.

Los paisajes de llanuras, en los que la percepción se ve dominada por los cambios en el cielo y la textura del suelo, sufren agudamente con el empobrecimiento de la trama y el grano. La experiencia de pasear por los llanos de la Meseta se nutría, antes de la concentración parcelaria, de un conjunto de modestos ingredientes de suspense: el rumbo incierto de los

caminos, serpenteantes y borrosos; la constante presencia de ribazos y linderos, reservorios de expresividad en los que se abrevian fórmulas fitosociológicas con evocaciones de la cultura local (supervivencias vegetales, acumulaciones de piedras, marcas de arado); la rica alternancia de cultivos; el pequeño patrimonio colectivo de fuentes, pozos, molinos, palomares; la travesía de prados y arroyos. Estos ingredientes, en su mayor parte, han quedado obliterados con la concentración parcelaria y la intensificación agraria.

COHERENCIA, CONTINUIDAD Y UNICIDAD

Las sutilezas de la biogeografía, realizadas por la rica paleta cultural, han venido dotando a cada fragmento espacial de una personalidad propia. La sensación de paisaje es inseparable de una labor de cata, a través de la cual el paseante aprecia la distinción del sitio y saborea la combinación de rasgos que crean su atmósfera única. Esta degustación de la diferencia, a veces más deliciosa cuando más sutil, es uno de los placeres del paisaje. Incluso un entorno generalmente desamueblado y pobre en adornos orográficos como el de la meseta norte se veía potenciado localmente por la multiplicidad de rastros culturales, adaptaciones campesinas, marcas vegetales y geológicas (el color del suelo, repetido en adobes y tapias; los afloramientos rocosos; la distribución de ribazos; la forma de los vallados; los encubrimientos y desvelamientos del panorama). Con lo que la sensación de cambio de comarca adquiría, sobre todo para el que viajaba con la lentitud de carros, bicicletas o claudicantes camionetas, una emocionante veracidad.

Gracias a la armonización histórico-natural de formas, el paisaje adquiere el atributo de coherencia y, por lo tanto, posee carácter propio en cada enclave, una personalidad que no está reñida con la transición suave hacia paisajes contiguos. Llámese espíritu del lugar, *genius loci* o ángel geográfico⁸: una sutil permanencia de carácter personaliza cada enclave, dotándolo de una intensa sensación de unidad en lo formal y de unicidad en lo existencial. Contra tal densidad de diferencia se confabulan hoy factores varios: la banalidad de los equipamientos, fabricados indistintamente (chapas de cubrición, alambradas, plásticos); la abolición de las formas históricas de parcelación (sustituídas por el formato rectangular de la concentración); la rectificación de los caminos y el movimiento de tierras; la desaparición de setos y cercas de piedra; el sepelio de los perfiles de los pueblos (antes marcados por alguna airosa o achaparrada torre de iglesia, algún caserón, cilla o pósito, el tufo despeinado de una olmeda) bajo escuadras de naves industriales y filas de casas adosadas; la erradicación del pequeño patrimonio disperso (puentes, fuentes, molinos, mojones, pozos); la tala de los bosquetes, alamedas y árboles de huerta; la proliferación de especies invasoras. Con lo cual, hasta Galicia empieza a parecerse a la Mancha.

Las transiciones suaves del paisaje tradicional (Sarlöv Herlin, 2001), con bordes blandos, desdibujados, se van sustituyendo por articulaciones abruptas. Una simple línea recta puede separar una repoblación forestal de un cultivo herbáceo. Pocas tangentes y muchas secantes: cortes y no continuidades. Si el camino tradicional acaricia las lomas, ondulando y enredándose con ellas, el nuevo trazado viario cota el nudo gordiano de la topografía con viaductos y trincheras.

⁸ «Cada comarca tiene su ángel guardián. Es él quien preside el clima, el paisaje, el temperamento de los habitantes, su salud, sus buenas costumbres, su buena administración. Es el ángel geográfico» «Chaque pays a son ange gardien. C'est lui qui préside au climat, au paysage, au tempérament des habitants, à leur santé, à leur beauté, à leurs bonnes moeurs, à leur bonne administration. C'est l'ange géographique» (Larbaud, 1927).

DENSIDAD TEMPORAL, ESPESOR DE LA MEMORIA

Un *cronotopo*, según Bakhtin (1981), quien lo aplica a la construcción narrativa, es un pasaje dentro de un relato cargado de temporalidad, donde el tiempo se vuelve palpable. Como tal, se convierte en un materializador del tiempo en el espacio, un centro de concreción. Este concepto es aplicable al paisaje, como señala Ingold (1993). Un árbol, un monumento, una ruina son condensadores temporales, donde la memoria se espesa. A su alrededor, el paisaje relaja su expresión temporal con aperturas hacia lo contemporáneo: la cosecha anual, las flores de la estación.

Tanto más intenso es el contenido simbólico de un cronotopo cuanto más inexpresivo es su entorno en la manifestación del tiempo. La inserción del paisaje tradicional en el flujo del tiempo es minuciosa. Los cambios estacionales, marcados por ciclos vegetales y agronómicos, se registraban de forma solapada y paulatina. Esta sucesión blanda va siendo reemplazada por un paisaje estático, sacudido por mutaciones bruscas. La cosecha se hace en una semana, y masivas quemas de rastrojos borran de un plumazo el semblante vegetal. Complementariamente a ello, el paisaje de la agricultura intensiva atraviesa por extensos periodos de inmutabilidad: los herbicidas sitúan grandes extensiones de terreno al margen de la fenología vegetal, sin flores ni hierbas que avisen de las estaciones. Los equipamientos hechos con materiales abióticos (aluminio, fibras sintéticas) no registran el año climatológico a través de la sucesión de verdines, corrosiones y manchas. Si se compara una cerca de piedra con una alambrada de hilo de acero, se hace manifiesta la diferencia: la primera es un soporte expresivo de musgo, plantas rupícolas y fauna asociada, y a través de su cortejo biótico rinde cuenta exacta del paso de las estaciones, y preserva memorias de temporadas anteriores. La alambrada permanece inmutable durante los meses.

Es cierto que la cordura nos invita a llegar a conciliación con el mundo, y para ello es preciso mirar con paciente aceptación las apariencias de éste, con independencia de su imperfección, inexpresividad o modestia. Éste es el punto de partida de la «estética de la imperfección y la insuficiencia» (Saito, 1997), que ha alcanzado grandes cimas de sabiduría contemplativa en el Extremo Oriente. En Japón, por ejemplo, conduce a la valoración en los utensilios de lo añoso, deteriorado, empobrecido, mellado o desvaído. Pero, ¿cómo establecer relaciones de afecto con un paisaje que sufre cambios bruscos y aleatorios? Las transformaciones durísimas que se introducen hoy -grandes trincheras de autopistas, cercados kilométricos, movimiento de tierras, gigantescos desembarcos de grúas, mellado de horizontes- hacen muy difícil el florecimiento de estéticas humildes, basadas en la apreciación del mundo tal como éste es. Estas mutaciones desorbitadas, que vuelven irreconocible el entorno, no son compatibles con el encariñamiento progresivo ni con la reconciliación visual. Pues el afecto requiere para prosperar alguna fe en la continuidad de lo querido.

Y por otro lado, los materiales de los nuevos equipamientos no experimentan el paso del tiempo de una forma conciliable con el tempo de la vida humana ni se amoldan a las melancolías del envejecer. Olvidadas las materias primordiales —piedra, pizarra, barro, centeno—, las edificaciones, cercas y equipamientos contemporáneos se hacen con bloques de fibrocemento, uralitas, ladrillo vitrificado, aluminio y PVC: materiales no degradables, que pueden subsistir siglos sin alterarse ni adquirir pátinas ni herrumbres (chapas de aluminio); materiales inexpresivos, cuya vejez más se parece al detritus que a la ruina (plásticos de cubrición). Un destino levemente más noble tienen los hormigones, en los que el tiempo excava cárcavas y deja al descubierto los herrumbrosos mallazos; o, incluso, las placas de fibro-amianto (uralita), que van mudando de color al envejecer. Pero, en general, la construcción rural contemporánea no parece encaminada a producir ruinas (objetos simbólicamente cargados que se convierten en núcleos de intensidad paisajística), sino sólo desperdicios.

Los testigos privilegiados del tiempo en el paisaje, los árboles viejos, los torreones, las ruinas, pueden servir de contrapeso a esta desbandada de las formas. «En su estructura de ramificación, el árbol combina una jerarquía completa de ritmos temporales, desde el ciclo largo de su propia germinación, crecimiento y decrepitud final, hasta el ciclo corto, anual, de su florecimiento, fructificación y foliación. En un extremo, representado por el tronco sólido, preside inmóvil sobre el paso de las generaciones humanas; por el otro, representado por los brotes de fronda, resuena con los ciclos de vida de los insectos, la emigración estacional de los pájaros, y la ronda regular de las actividades agrarias humanas» (Ingold, 1993)⁹. De ahí la extrema importancia de conservar los árboles viejos en el paisaje: son ellos los mediadores temporales, en cuya forma se condensa la sucesión y coexistencia de ritmos, con una graduación elegante que petrifica el tiempo lento en el tronco y da voz a lo efímero en el baile de las hojas.

Análogamente, en un paisaje campesino, los caminos, sendas, eras, ejidos y trochas expresan la experiencia laboral acumulada en las rutinas de trabajo durante siglos. Cuestas, atajos, descansaderos: la conciencia muscular (Bachelard) del territorio se abrevia en esta red de caminos. El paisaje adquiere el refuerzo expresivo de constituir una memoria de tareas (*taskscape*; Ingold, 1993), el sedimento narrativo de una prolongada historia de trabajos y de días: «¡qué hermoso objeto dinámico es un sendero! ¡Con qué precisión hablan a la conciencia muscular los senderos conocidos de la loma! Cuando volví a ver dinámicamente el camino que trepaba por la colina, tuve la seguridad de que el propio camino tenía músculos y contra-músculos»¹⁰. Tanto más deplorable es el borrado de la red de caminos históricos llevado a cabo por la concentración parcelaria.

Así pues, para que el paisaje preserve su capacidad expresiva como depósito y cámara de resonancia del tiempo, es preciso que sus ritmos y sus reservas no se vean silenciadas por el desorden (atemporal) de los objetos y prácticas que en él se vuelcan hoy día. La cooperación expresiva entre los moldes del tiempo y del espacio requiere un mínimo grado de orden y quietud. De Quincey describe así los placeres de la correspondencia entre ambas dimensiones: «Pero en verano, en los suburbios más próximos al centro del estío, la vasta escala de los movimientos celestes se adivina por medio de su lentitud. El tiempo se convierte en exponente del espacio».¹¹

INTIMIDAD, SERENIDAD

La búsqueda de lugares resguardados de la vigilancia social es uno de los atractivos del paseo. La intimidad de un bosque o de un calvero en el monte proporciona ocasiones para la introspección solitaria o amorosa. En el pasado, el campo ofrecía soledades intensas, medidas por el ramaje, salpimentadas a veces por la presencia lejana, más adivinada que comprobada, de algún pastor o labriego. Silbidos, esquilas, cascabeles de

9 «In its branching structure, the tree combines an entire hierarchy of temporal rhythms, ranging from the long cycle of its own germination, growth and eventual decay to the short, annual cycle of flowering, fruiting and foliation. At one extreme, represented by the solid trunk, it presides immobile over the passage of human generations; at the other, represented by the frondescient shoots, it resonates with the life-cycles of insects, the seasonal migrations of birds, and the regular round of human agricultural activities».

10 «Et quel bel objet dynamique qu'un sentier ! Comme ils restent précis pour la conscience musculaire les sentiers familiers de la colline ! Quand je revis dynamiquement le chemin qui 'gravissait' la colline, je suis bien sûr que le chemin lui-même avait des muscles, des contre-muscles» (Bachelard, 2001).

11 «But in summer, in the immediate suburbs of midsummer, the vast scale of the heavenly movements is read in their slowness. Time becomes the expounder of Space» (de Quincey, 1997).

mulas, ladridos y canciones de arada eran los indicios de presencia. Es la soledad sin intrusión a la que alude Byron (1975): «hay un gozo en los bosques sin senda, hay un arrobo en la orilla a solas, hay compañía, que nadie perturba, al pie del hondo mar, y música en su rugido».¹²

El paseo contemporáneo por el campo se ve sometido a nuevos sobresaltos. Entre ellos, la intempestiva labor de patrulla ejercida por todoterrenos, motos y *quads*: su impertinente entrada por caminos y pistas quebranta soledades, impone silencio al pajarerío y desfigura con hondas marcas de neumático el barro de los suelos. En las zonas serranas, planeadores y parapentes sobrevuelan maleducadamente el panorama, no dejando un recoveco sin inspección.

La potencia de lo tecnológico hace que la penetración de ruidos y vigilancias se vuelva intrusiva y agigantada. Y si el observador es observado, su percepción se modifica. El incontenible desparrame urbano de España, acompañado de una centuplicación de las segundas residencias dispersas, hace que más y más cuencas visuales, antes resguardadas de miradas ajenas, caigan bajo la jurisdicción de una casa, una hilera de adosados o un bloque de pisos. Las ciudades se extienden buscando vistas, y las cabeceras, lomas y divisorias son atractivas para la promoción inmobiliaria. En el litoral, por ejemplo, el señuelo de las vistas al mar produce insólitos amasijos de urbanización aupados precariamente en laderas de sierra, con balcones y miradores expuestos a violenta tortícolis por su busca de la lejana cinta azul. Son urbanizaciones-gallinero, para quien no pueda permitirse el palco o patio de butacas. Y a menudo, el promotor asalta militarmente, a asomatraspón, una divisoria que abre hacia el valle adyacente, y sitúa una avanzadilla de casas sobre la línea de cumbre, preparando el descenso. De este modo, más y más valles pierden su intimidad, y sobre el paseante gravita el peso de la mirada (real o potencial) de indiscretos balcones y ventanales.

En la ocupación de los miradores naturales por la vivienda se despliega un proceso perverso: cuanto mayor es la apreciación popular de un espacio, mayor es el riesgo de que alguien desee apropiarse el panorama. Los paisajes considerados privilegiados se vienen urbanizando caóticamente desde hace décadas. El borde del mar, en comarcas montuosas, es un sucesión de urbanizaciones en anfiteatro que se propagan ladera arriba. En la meseta castellana es frecuente que los encinares-isla repartidos por la llanura cerealista se conviertan en escenario de operaciones inmobiliarias. Precisamente por su escasez, estas zonas arboladas adquieren un valor comercial que las pone en manos de promotores para la instalación de dudosas urbanizaciones. Estos desarrollos van prosperando en un ruedo en torno a las principales ciudades (Salamanca, Zamora, Valladolid...), un ruedo cuyo radio va creciendo: con el reciente fervor autoviario, cuarenta kilómetros parecen poco. Aun cuando la urbanización fracasa, el espacio boscoso queda fragmentado e hipotecado, surcado por pistas en escuadra y postes de luz. Si el éxito de la urbanización es mediano, coexistirán parcelas de monte y matorral con otras donde el capricho de los propietarios (generalmente usuarios de fin de semana) se desfoga: introducción de árboles exóticos, cerramientos improvisados, antenas, veletas, acumulación de trastos. Se crea un inquietante híbrido urbano-rural, en el que coexisten restos del paisaje boscoso original con equipamientos emanados de las grandes superficies comerciales.

¹² «There is a pleasure in the pathless woods / There is a rapture on the lonely shore, / There is society, where none intrudes, / By the deep sea, and music in its roar» (Byron, 1975).

PULCRITUD, MANTENIMIENTO, ESMERO

Sea de propiedad privada o colectiva, el paisaje tradicional ofrece un aspecto esmerado. La suma de acciones de laboreo a lo largo del calendario anual le confiere un mantenimiento cuidadoso: cada cepa de viña está podada; los cercos de arado en torno a los olivos son regulares; las paredes de bancal se mantienen limpias y sin derrumbes; las cercas de piedra carecen de desportilladuras.

El buen mantenimiento, fruto de un agotador revuelo de acciones campesinas, transmite al paisaje un aire de providencia. Es el amasado paciente de formas, que expresa la reiteración de interacciones.

La nueva relación con el territorio es expeditiva y displicente. O bien se le extrae con dureza hasta el último aliento buscando productividad, y se le cubre de plásticos, se le inunda de agua y fertilizantes, se le laborea en profundo, se desmonta, quema y expolia (paisaje agro-intensivo); o bien se le deja en expectativa de lucro, como escombrera para usos intermitentes o trastienda de la convivencia donde van cayendo los restos de experimentos y negligencias varias (paisaje distal); o se le urbaniza.

Una esperanza neoliberal estriba en considerar que la plena propiedad privada del campo debe asegurar el esmero por parte de sus propietarios, quienes por simple interés se encargarán de mantener cuidado y por lo tanto armonioso el espacio que les pertenece. No siempre es así. Salvo que el terreno presente condiciones para su manejo intensivo, es difícil rentabilizar la posesión. Con lo que gran parte de las fincas en terrenos de baja fertilidad se ven abocadas a un letargo estéril, sacudido sólo ocasionalmente por arrebatos experimentales (un criadero de avestruces, una roza seguida por siembra de girasol, un cultivo bajo plástico) que van dejando sus marcas indelebles. Frecuentemente las parcelas en zonas montuosas sirven de trastero; una vez alambradas, se convierten en depósito de equipamiento en desuso, neumáticos, chapas, plásticos y casetos.

Un fenómeno similar se hace sentir en los ámbitos residenciales. Podría esperarse que, dado el esmero casi intolerante con que se atildan los hogares, a medida que más y más terreno fuese incorporado a la función residencial debería aumentar la calidad de presentación del entorno. Es decir, dado que la esfera doméstica está sometida a una constante vigilancia estética por sus propietarios, al aumentar la fracción del territorio que sirve de hogar, debería crecer en consonancia el aliño de los paisajes. Tampoco es así. En efecto, la atención puesta en el cuidado de la casa se relaja bruscamente en cuanto que se traspasan los límites de la propiedad. Un césped maniáticamente limpio puede convivir con un campo de escombros al otro lado del seto. En las segundas residencias la frontera de relajación muestra un gradiente aun más brusco. Ya el propio jardín y el cercado pueden ser ejemplos de desaliño. Especialmente, en el caso de las parcelas autoconstruidas, que vegetan durante décadas en un estado de provisionalidad y acumulación de materiales de obra.

ARRAIGAMIENTO

En el paisaje tradicional, la mayor parte de las formas que componen el escenario tienen un origen local: son simples emergencias del clima y el suelo, o surgen del aprovechamiento humano de recursos de la zona. La arquitectura popular hace uso de los materiales ofrecidos por la geología, litología y biología locales. Como resultado de ello, las cercas de piedra, las

casetas, las norias o los almiarés comparten un denominador común: son emulsión del terreno; se hacen con piedras, maderas y plantas de la zona. Su envejecimiento se ajusta a la misma ley que meteoriza las rocas y los árboles. Nada diferencia los líquenes y musgos que se asientan sobre las piedras de un cercado de los que vegetan sobre las rocas naturales. De esta autoctonía de materiales se deriva la perfecta amalgama cromática de los campos vallados en las comarcas ganaderas del occidente de la meseta: las cortinas extienden su malla sobre los prados, con una gama de colores y texturas indistinguible de la del suelo. Un pueblo sayagués o alistano, antes de la eclosión de las naves y los chalés, se manifestaba visualmente como la condensación de temas presentes en el paisaje. La trama de cortinas, vestida de musgos y líquenes, adquiriría densidad por concentración. Un nudo en la red de muros: allí se elevaba el pueblo.

Lo mismo pasa con los árboles del paisaje tradicional: en gran medida procedentes de la flora autóctona, o aclimatados desde hace siglos, su presencia en lindes o en alamedas no disuena. La transición entre los espacios cultivados y los espacios boscosos se hace de forma continua. Un árbol viejo en un lindero es hermano, entre labrantíos, de otros árboles iguales en el bosque. Sólo lo diferencian su posición de destaque y su prolongada convivencia con las labores humanas.

Así pues, los elementos que componen el paisaje tradicional son afloramientos que ponen de manifiesto esencias locales. Los caminos expresan las formas del relieve sin violentarlas; las casas se nutren de los materiales de la zona; los árboles son inquilinos antiguos del clima; las parcelas y los bancales dan expresión a las curvas de nivel.

Si los elementos del paisaje arcaico evocan el afloramiento y la emulsión, los del nuevo paisaje parecen sugerir el aterrizaje o la excavación minera. Se trata de naves de chapa metálica, de aerogeneradores, antenas y huertos solares, de alambradas de acero, de pistas aeroportuarias cruzando las lomas, de revestimientos de plástico, de gigantescos artrópodos de riego rodante (los *pivots*), de viaductos y trincheras. Estas formas carecen de denominación de origen: son producto de una acción a distancia y una industria internacional deslocalizada, que no rinde pleitesía al espíritu de lo local.

RURALIDAD

La distinción entre lo urbano y lo rural es un dipolo con intensas cargas simbólicas. Frente al mundo artificioso del hacinamiento y la intriga, se idealiza literariamente un espacio de llaneza y desahogo, donde el espíritu puede reconfortarse con la cordial naturaleza. Desde la construcción horaciana de la fuga al campo (*Beatus ille*), pasando por el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Antonio de Guevara o el «Ande yo caliente» de Calderón, son innumerables los ejercicios de edificación literaria que asientan sobre la oposición entre ciudad y campo. «En el campo, por una ventana abierta, se cuele de golpe la hermosa cara del cielo: el sol tiene su propia alegría; la rama verde arroja sobre el suelo su grata sombra; y al espíritu le llegan, con sólo mirar, las tierras y el seto donde está el espino en flor. No así en la ciudad: allí el humo entra por el postigo; y vemos la pared mugrienta, y la calle estrecha, en la que hasta la atmósfera es pesada y ruda»¹³.

¹³ «In the country, an open window lets in at once the fair face of heaven: the sunshine has its own cheerfulness; the green bough flings on the floor its pleasant shade; and the spirit sees, at a glance, the field and the hedge where the hawthorn is in bloom. Not so in a town: there smoke enters at the casement; and we look out upon the darkened wall, and the narrow street, where the very atmosphere is dull and coarse. Its gloomy influence is on all» (Landon, 1837).

Los paisajes campestres, en efecto, venían abundantemente marcados por signos de su ruralidad. Para que ello sea así, es preciso que el repertorio de formas y temas con que se despliega el paisaje tenga personalidad propia. Es éste el sello rústico del ajuar campesino, desde la cuchara al carro, desde el hórreo al almiar: un conjunto de pertrechos cuyo diseño se ajusta a las leyes de la producción local, la robustez y la improvisación dentro de los límites marcados por la pobreza de materiales y procedimientos de construcción. El paseo por una comarca rural equivalía a recorrer una exposición de diseño anónimo, sembrada por los pliegues del campo. A lo largo del camino iban manifestándose formas y componentes, que, sin haber pasado por un proyecto de identidad corporativa, gozaban de una intensa coherencia de diseño: eran hijas de una artesanía brotada del terreno, dependiente de la vegetación y los suelos locales, y amoldada por lenta evolución histórica a un conjunto consistente de prácticas de labor: un pozo, un cigüeñal, un abrevadero; cercas de piedra, angarillas; almiar, palomares, cobertizos.

La unidad y originalidad de diseño pueden ir dándose por perdidas. Los equipamientos agro-ganaderos han pasado de tener una identidad comarcal a ser insensibles incluso al cruce de fronteras. Se trata ahora de artefactos de catálogo, y en nada se diferencia el *pivot* de riego que podemos contemplar en la Moraña del que veríamos en un viaje a Tejas. Es aplicable todo esto a las naves, los tendidos, las tolvas, los silos y los sondeos. El resultado se mide por acumulación: toda una red de avisadores de lo local, que declaraban en sordina el carácter de la convivencia entre país y paisanos, se ha ido extinguiendo. Y el eclipse de todas estas marcas de lo comarcal es sucedido por el brillo comercial de los nuevos artefactos que son territorialmente mudos y sólo dan testimonio del presente: nada expresan sobre su origen, y en nada avisan sobre los rasgos del lugar donde se posan.

El paisaje rural está perdiendo con ello mucha de su expresividad local y su densidad histórica. Por otra parte, la fisonomía de pueblos y aldeas atraviesa por una mutación análoga. Antiguamente, la arquitectura popular se conjugaba con soluciones urbanísticas también populares. La configuración y amueblamiento de los espacios públicos dependía de soluciones locales que en muchos casos eran el producto de una lenta destilación de fórmulas históricas. Actualmente, los núcleos rurales van equipándose con complementos ajenos a la distinción campo-ciudad. Los mismos bombos de basura, las mismas farolas y bancos, el mismo pavimento de aceras. Balaustradas, apliques de fachada, rótulos y paneles: el reino de lo indistinto.

Otro indicador del mismo proceso es la vegetación municipal. Los jardines se nutren de especies insípidas, procedentes de viveros de ciudad. Las diputaciones provinciales, con distraída benevolencia, ofrecen a los pueblos productos seriados de vivero. Y así terminan imponiéndose alineaciones de falsas acacias (*Robinia pseudoacacia*), de sauces llorones (*Salix babylonica*) o de arizónicas (*Cupressus arizonica*) en enclaves de profunda ruralidad. Los concentradores parcelarios que desecraron el Teso Santo (entre las provincias de Salamanca y Zamora), quizás con remordimientos tras acuchillar con pistas y desmontes aquellas lomas majestuosamente olvidadas, tras convertir en zanjales -por pura afición a la línea recta- los serpenteantes arroyos de las navas, plantaron unas miserables alineaciones de acacias de bola, allí entre robledos y quejigales. Arbolado lineal propio de un parquecillo de ciudad provinciana, tan ajeno al medio como si lo hubieran escogido abriendo al azar las hojas de un catálogo de vivero.

El efecto se agrava por el desbordamiento de los límites. El urbanismo tradicional de los pueblos y ciudades en gran parte de la Península solía ser centrípeto y contenido; así lo describe Romero Murube (1995) en referencia a Sevilla, vista en 1930 desde el Zeppelin: «las ciudades se nos ofrecen desde el aire pura, geométricas y exactas, como rosas bien definidas. ¡Qué lirio o azucena de más cegadora lumbre la de Sevilla a mil metros de altura!». En los núcleos rurales, la

salida al campo se producía a través de unas limpias transiciones, con un ruedo de ejidos, eras, huertas y cortinas al que sucedía la plena apertura al campo. Actualmente esta contención está perdida. Por cualquier sitio se alzan naves de proporciones descomunales. Raro es el pueblo castellano o leonés cuya silueta no esté desfigurada por acumulaciones de moles: las naves agrícolas, con su cubierta de placa reflectante. Ni el que pasea por el corazón de un remoto encinar está a salvo de tales sobresaltos: donde menos se espera, aparece la fiera alambrada y la centelleante chapa de una nave ganadera. El culto al jamón y a la chacina, que busca como aval la proximidad de la bellota, es una carcoma que está minando los encinares, alcornoques, quejigares y rebollares de la región. Las eras han venido sepultándose bajo hangares de almacenamiento de cosechadoras. Chalés y cercados progresan anárquicamente sobre las huertas. El desparrame de urbanizaciones es incontenible.

El gigantismo solía ser un atributo específicamente urbano: una torre, un estadio, un hangar de aeropuerto. Ya no es así: cualquier reducto campesino puede contemplar cómo de improvisto emerge una macro-nave de chapas y ciega las vistas de un valle; o cómo se instala una torre de comunicaciones que enanifica el perfil de las lomas vecinas.

El mismo folclore se ha plastificado. ¿Qué romería o fiesta rural de hoy día no termina siendo un zafarrancho de plástico y motores? El Rocío, por ejemplo: el ensordecedor y constante petardeo de los generadores eléctricos; la profusión de sillas plegables, telas plásticas, bolsas y sombrillas; focos halógenos, motos, *quads*; equipos de música. Las fiestas patronales de la más humilde aldea generan toneladas de plástico, bosques de banderas, tinglados de chapa y lona, decibelios de megafonía, camiones de basura. Termina el viajero sintiéndose más a salvo del ofensivo cromatismo de los plásticos cuando camina por una avenida de ciudad que en el corazón de un parque natural.

Como contrapunto a estas tendencias, las agencias turísticas y de desarrollo rural intentan promover una expresividad rural impostada. Se trata del fenómeno de la conversión de lo rural en mercancía (*commodification of rurality*, Tonts y Greive, 2002). A partir de un estereotipo, muchas veces de origen televisivo, se aspira a acumular ingredientes formales de seducción al turista. Las flaquezas de este intento, notorias en muchos parques naturales españoles, pueden resumirse así:

Ruralidad indiferenciada y ahistórica: la fabricación del efecto rural se realiza mediante una hibridación de distintas ruralidades. Se olvida que el carácter de cada enclave campesino era diferente, y se suplanta lo que pervive de genuino por manierismos sin denominación de origen, vagas imitaciones de una ruralidad televisiva (cuyas fuentes, también impuras, están en el Norte de Europa o de América), y fugas temporales desaprensivas. En parques naturales, por ejemplo, de Andalucía, se introducen equipamientos de madera (puentes, paneles indicadores, cabañas) totalmente ajenos a la tradición constructiva local: unos elementos que tergiversan el carácter del área con evocación a las películas del lejano Oeste. Otras veces, lo rural es sugerido mediante medievalismos sin rigor, comparables en su inspiración estética a esas penosas mascaradas comerciales que ahora se prodigan bajo el nombre de ferias o mercados medievales. En ocasiones, y esto es frecuente en el equipamiento de las casas rurales, la decoración se hace acopiando pertrechos y ajuares artesanales de la más diversa procedencia (una espuerta de palma, zuecos asturianos, cerámica de Talavera, un escaño gallego, un carro de Soria); y todo este despojo reunido se amontona sin orden ni concierto en las habitaciones y pasillos de las casas de turismo rural, configurando un confuso museo etnográfico cuya contemplación, se espera, debe suscitar hondas emociones rurales.

Artificialidad: el escenario de esta ruralidad construida surge de forma análoga a un parque temático, un museo al aire libre o un zoológico. Su disposición permite un número

limitado de itinerarios y prevé unos focos de atención explícitos. El viajero de esta ruralidad no está descifrando un modo de vida ni una sedimentación histórica: es objeto pasivo de las seducciones de un diseño comercial. Este fenómeno termina abocando en la llamada disneyficación del entorno (Bryman, 2004). El crecimiento orgánico de un lugar es desmontado y reemplazado por un conjunto de imágenes de catálogo, procedentes de la industria del ocio. Al mismo tiempo, la estructura productiva y organizativa del lugar se ve inmersa en un proceso de adaptación cuyos rasgos, señalados por Bryman (1999), contienen varias tendencias: tematización (*theming*: inscripción del espacio bajo un denominador común de interés, una narrativa que lo dota de coherencia comercial), indiscriminación de consumo (*dedifferentiation of consumption*: engranaje de intereses en virtud del cual diferentes intereses comerciales se conjugan y estimulan de forma conjunta; los restaurantes, el comercio, el juego, los servicios se benefician indiscriminadamente de la estructura creada), micromercadotecnia (*merchandising*: utilización del diseño de espacio y productos en aras de una mayor seducción al cliente) y esfuerzo emocional en el circuito laboral (*emotional labour*: esfuerzo desplegado por el personal de servicio para suprimir o fingir emociones con el fin de preservar la simulación inherente al entorno disneyficado).

FIDELIDAD Y PERMANENCIA

En la literatura clásica es omnipresente el topos del retorno al lar nativo, donde un héroe atribulado por los desengaños regresa tras largos años a la tierra de origen para reencontrarse allí, a través del intacto paisaje de su infancia, con una fórmula que da continuidad y densidad al arco de su vida: pasadas las quimeras y entusiasmos de la juventud, el paisaje devuelve al hijo pródigo el abrazo de su retorno. Condición para ello (una condición que se daba por supuesta) es la permanencia inmutable de los grandes rasgos del territorio. Se regresa al pueblo y a los campos de la infancia, y a pesar de las décadas transcurridas, todo es reconocible e íntimo. El contraste entre las mutaciones íntimas del viajero desengañado (*contemptu mundi*) que retorna y la estabilidad del marco, expresada mediante la continuidad del paisaje, de las labores campesinas y del calendario anual, es un poderoso generador narrativo.

El paisaje, merced a su permanencia, adquiere los rasgos de una benévola continuidad, maternal y protectora. La familiaridad con las formas del paisaje se convierte en su principal encanto: «entre los ríos conocidos y las sagradas fuentes, buscarás la fresca sombra»¹⁴. George Eliot desarrolla con belleza este argumento: «una vida humana, creo, debería tener hondas raíces en algún rincón de tierra nativa, donde pueda sentir amor de pariente próximo hacia el rostro de la tierra, las labores que atarean a la gente, los sonidos y acentos que lo pueblan, y cualquier cosa que, en medio de la progresiva expansión de conocimiento, confiera a ese hogar primero una distinción familiar, inconfundible. Un sitio donde la precisión de memorias tempranas se impregne de afectos, y la amable familiaridad con todos los vecinos, incluidos perros y asnos, se extienda no a base de esfuerzo y reflexión, sino como un dulce hábito de la sangre».¹⁵

En el enclave de predilección, el afecto y el conocimiento entran en un círculo causal. Tal

14 «hic inter flumina nota / et fontes sacros frigus captabis opacum» Virgilio, Bucólicas I: 51-52.

15 «A human life, I think, should be well rooted in some spot of a native land, where it may get the love of tender kinship for the face of earth, for the labours men go forth to, for the sounds and accents that haunt it, for whatever will give that early home a familiar unmistakable difference amidst the future widening of knowledge: a spot where the definiteness of early memories may be inwrought with affection, and kindly acquaintance with all neighbours, even to the dogs and donkeys, may spread not by sentimental effort and reflection, but as a sweet habit of the blood... The best introduction to astronomy is to think of the nightly heavens as a little lot of stars belonging to one's own homestead» (Eliot, 1967).

continuidad de querencia es un atributo del paisaje antiguo. Ya no. El que retorna ahora, tras larga ausencia, al lar nativo puede encontrar las fuentes cegadas, los arroyos colmatados de escombros, los caminos cortados por alambradas, las siluetas desfiguradas por hangares, y los silencios pastoriles sepultados bajo la megafonía y los tubos de escape. No hay garantía en el retorno; el paisaje no es la vestal fiel que aguarda al héroe para restañar sus heridas a la vuelta. Más bien, cabe volver preparado para los casi seguros escarnios que el paisaje ha de tributarnos.

La angustia del retorno a un paisaje querido se plasma con especial viveza en una canción napolitana, *Munasterio 'e Santa Chiara*¹⁶. El protagonista, un emigrante argentino, sabedor de las devastaciones de la guerra, se consume dividido entre el ansia de regresar y el pavor a encontrar desfigurado el escenario de su infancia. En la libre traducción española: «mas tengo miedo a volver mañana; / no quiero atormentarme con la realidad: / no puedo creer que tanta infamia sea verdad». Éste es el predicamento moral del que regresa, pasados los años, a un paraje predilecto. Qué se haya de encontrar tras el paso demoledor del lucro y del tiempo, ésta es la cuestión. Atinadamente lo expresa Brassens en su canción «Les Lilas»: «Pobre amor, agarra el timón con fuerza, que el tiempo va a pasar por ahí; y el tiempo es un bárbaro de los del tipo de Atila».¹⁷

DISCRECIÓN, RECATO

Los recursos expresivos del paisaje tradicional, ceñidos a límites muy estrictos en cuanto a materiales y presupuesto, tienen una obligada condición ensordinada, implícita y modesta. Una epigrafía que se desvanece bajo verdines y líquenes anuncia, sobre una piedra indistinguible de otras, un jalón del camino o unas efemérides ligadas al lugar. Los viejos rótulos de estación, las placas a la entrada de poblaciones, con su existencia solemne y precaria avisaban no sólo del dato práctico, sino que suspendían sobre el paisaje un temblor topónimoico, expresando lacónicamente la dualidad entre palabras y cosas.

Muchos pueblos y monumentos desfilaban en total mudez ante el viajero. La carretera pasaba sobre casas y vidas cuya potencia visual no era sepultada bajo la explicitud de letreros, pancartas, conmemoraciones o banderas. El paisaje contemporáneo, por el contrario, sufre de un exceso declarativo. El más pequeño hito patrimonial vive agobiado bajo el peso de placas informativas que lo eclipsan. Los carteles de carreteras tapan a menudo el paisaje bajo sus eslóganes a veces más publicitarios que informativos. La vanagloria de las administraciones les empuja a conmemorar cualquier obra con pancartas enojosamente colmadas de logotipos y fanfarria.

Es preciso dar contención a esta verborrea de la época. La información es necesaria, pero no debe ser opresiva. Los carteles explicativos de una obra realizada no pueden perpetuarse en el terreno. La iluminación monumental no puede desmaterializar los perfiles. No puede ser más grande la glosa que lo glosado.

LOS CAMPESINOS

Una de las razones por las que visitar las aldeas portuguesas, sobre todo en áreas apartadas de los focos industriales, sigue asegurando remesas de emoción, es la presencia todavía densa

¹⁶ M. Galdieri, A. Barberis (1945).

¹⁷ «Pauvre amour, tiens bon la barre / Le temps va passer par là / Et le temps est un barbare / Dans le genre d'Atila» (Brassens, Les Lilas).

de los campesinos. No puede de ningún modo compararse la sensación que produce una colonia de vacaciones o una reconstrucción museística rural (muchas de las aldeas bien conservadas en lo arquitectónico del Norte de España son ya museos residenciales) con la suscitada por un pueblo aún vivo, en el que hay ajeteo de tractores o carros, mugidos de vacas, vecinos sentados en poyetes, humo de sarmientos, estiércol en las calles, y campos atareados en derredor.

El campesino es exponente de una larga interacción colectiva con el medio. Su presencia avisa de una comprensión diferente, a veces insondable, de los datos físicos ofrecidos al viajero. Su mirada, heredera de otras miradas antiguas, pone una continuidad histórica a la recepción de las formas. Su trabajo amuebla el encuentro de tiempo y espacio, sugiriendo ritmos que se nos escapan pero que tienen una poderosa capacidad de arrullo. A través de su presencia, la presencia de una alteridad que habita el entorno, irreducible a nuestra experiencia de urbanitas¹⁸, se asegura en la estructura de nuestros sentidos una componente insustituible, que según Tournier es el fundamento, la atmósfera de nuestra percepción. La alteridad (*autrui*) es una estructura, «la expresión de un mundo posible», «la dulzura de las contigüidades y los parecidos»¹⁹, una vaga luminosidad estereoscópica que envuelve los objetos. Sin la acción de la mirada ajena «sólo reina la brutal oposición entre el sol y la tierra [...] Lo sabido y lo no sabido, lo percibido y lo no percibido se enfrentan absolutamente en un combate sin matices»; «por dondequiera que yo no esté actualmente reina una noche insondable. Mundo crudo y negro, sin potencialidades ni virtualidades: es que la categoría de lo posible se ha derrumbado»²⁰. Un cielo sin hondura, un paisaje que es sólo superficie. A través de esta percepción paralela, tejida desde los siglos sobre la retina del campesino, el viajero sabe de la profundidad del mundo.

AMENIDAD

La alternancia y proporción de estímulos es uno de los rasgos que hacen asequible la experiencia estética. Inicialmente, el latín *amoenus* alude a lo placentero, amoroso y gustoso, como es esperable de su vinculación etimológica con el verbo *amare*. S. Juan de la Cruz explica el «ameno huerto» de un pasaje de su *Cántico Espiritual* mediante la siguiente glosa: «por el delectoso y suave asiento que halla el alma en él». Las formas amenas en el paisaje ofrecen un regazo amoroso al viajero. Posteriormente, esta acepción evoluciona hacia la actual, en la que prevalece la connotación de lo que es grato en virtud de la sucesión de recompensas que ofrece al intelecto: la amenidad es una forma entretenida de administrar la belleza o el conocimiento.

El paseo por los espacios rurales europeos, gracias a la larguísima interacción entre historia y naturaleza, está llamado a ofrecer a la mirada atenta una copiosa cadena de impresiones, densamente trabada en torno al pasado biogeográfico y etnográfico de cualquier área. Las sucesivas viñetas que se desplazan unas a otras en pugna por centrar la atención, la competencia entre primeros planos y la contigüidad de alicientes son rasgos de los paisajes de densa impregnación. Las disciplinas convocadas por los estímulos del paseo son innumerables, y el paseante ve activarse el apetito de conocimiento en otros tantos frentes: arqueología, botánica, etnografía, toponimia, ornitología, historia.

18 Como en el dipolo Robinson-Viernes, asimilable al que tienden las distintas sensibilidades del urbanita y del campesino en su contemplación del paisaje.

19 «l'expression d'un monde possible», «la douceur des contigüités et des ressemblances».

20 «seule règne la brutale opposition du soleil et de la terre [...] Le su, le non-su, le perçu et le non-perçu s'affrontent absolument, dans un combat sans nuances»; «partout où je ne suis pas actuellement règne une nuit insondable. Monde cru et noir, sans potentialités ni virtualités: c'est la catégorie du possible qui s'est écroulée».

En la medida en que progresa la intensificación agraria, se sacrifican más y más componentes de este paisaje plural a un empeño único: obtener del espacio agrario el máximo rendimiento a corto plazo. El programa extractivo monopoliza las formas. Se generan espacios ingratos o intransitables, cuya monotonía es inexpresiva para el paseante. Desde distancia suficiente, las nuevas formas del terreno pueden ofrecer cierto placer estético: incluso los campos de plásticos en el poniente almeriense ofrecen ángulos sugestivos. Pero nadie piensa en usar estos espacios como lugar de paseo.

CONCLUSIÓN

Las tendencias señaladas en lo anterior son el resultado de una suma de factores imbricados, cuya repercusión paisajística se inscribe en una batería de cambios sociales, culturales y económicos. No se ocupa este artículo de proponer soluciones: la magnitud del cambio es tal que sólo cabe ahora mitigar, adaptarse, y en lo posible encontrar oportunidades para nuevos placeres paisajísticos aprovechando la plasticidad del medio y la de nuestros órganos estéticos y sentimentales.

En ocasiones, se tratará tan sólo de un salvamento *in extremis*. Admitida por ejemplo la galopante expansión de los ruedos urbanos, es preciso asentar la ordenación de los límites, estableciendo censuras o incisos entre poblaciones (*Siedlungszäsuren*), para que al menos se salve la sensación de diferencia entre un pueblo y el siguiente. Encajado el hecho de la proliferación de naves agroganaderas, se podrá al menos regular el tipo de materiales, buscando la utilización de chapas bio-compatibles, susceptibles de meteorización, verdines y herrumbres. En otras ocasiones, se intentará buscar el lado bueno de un proceso inicialmente devastador: las monótonas pistas de la concentración ofrecen, pese a todo, algunas potencialidades para el futuro. Dado que es previsible que disminuya la servidumbre productiva del paisaje agrario (en lo alimentario, al menos; en lo energético parece que crece la presión para el cultivo de biocombustibles), es posible fomentar el paulatino crecimiento de vegetación arbustiva y herbácea a ambos lados de la banda de rodadura. En algunas lindes se podrá plantar árboles y confiar en que no sean quemados tras la recolección ni descalzados por las vertederas durante la arada. La afición creciente al paseo terapéutico puede ser usada para ennoblecer algunos caminos más frecuentados plantando arbolado o matorral.

Se trata, es cierto, de pequeños ajustes que sólo intentan rescatar islas de dignidad paisajística en un cuadro general que se resquebraja. Las iniciativas más ambiciosas, destinadas a mejorar el todo enderezando el rumbo general de los espacios, requieren un encuadre organizativo y cultural de mayor alcance. Ésta es tarea para la acción política y educativa.

BIBLIOGRAFÍA

- AUSTEN, JANE (1994) *Sense and Sensibility*, Penguin Popular Classics.
- BACHELARD, GASTON (2001) *La poétique de l'espace*, Paris, Quadrige, PUF.
- BAKHTIN, MIKHAIL M. (1981) Forms of Time and of the Chronotope in the Novel: Notes toward a Historical Poetics. Trans. Caryl Emerson and Michael Holquist. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Ed. Michael Holquist. Austin: U of Texas P, pp. 259-422.
- BORGES, JORGE LUIS (1999) Borges en *Sur*, 1931-1980, Barcelona, Emecé Editores.
- BRASSLEY, PAUL (1998) On the Unrecognized Significance of the Ephemeral Landscape, *Landscape Research*, 23 (2), 119-132

- BRYMAN, ALAN E. (1999) The Disneyization of Society, *The Sociological Review* 47 (1), 25–47.
- BRYMAN, ALAN E. (2004) *The Disneyization of Society*, Sage Publications.
- BYRON, LORD N. (1975) *Childe Harold's Pilgrimage and other romantic poems*. Edited, with an introduction and notes by John D. Jump. London: J.M. Dent & Sons Limited.
- DE QUINCEY, THOMAS (1997) *Confessions of an English Opium-Eater*, Penguin Popular Classics.
- ELIOT, GEORGE (1967) Daniel Deronda, London: Penguin.
- INGOLD, TIM (1993) The Temporality of the Landscape, *World Archaeology* 25, 2: 24-174.
- KEATS, JOHN (1978) *The Poems of John Keats*, Ed. Jack Stillinger, Cambridge: Harvard UP.
- LONDON, LETITIA ELIZABETH (1837) *Ethel Churchill, or The Two Brides*. London: H. Colburn.
- LARBAUD, VALÉRY (1958) *Jaune, bleu, blanc*, en *Oeuvres complètes*, Paris, Gallimard.
- LOW, SETHA M. (2001) The Edge and the Center: Gated Communities and the Discourse of Urban Fear, *American Anthropologist*, March, Vol. 103, 1: 45-58
- MAUPASSANT, GUY DE (1996) *Bel-Ami*, Le livre de poche, Paris.
- PARRIS, K. (2002) *Agricultural landscape indicators in the context of the OECD work on agrienvironmental indicators*. In: NIJOS rapport 7/03, 2002. *Agricultural impacts on landscapes: developing indicators for policy analysis*. Proceedings from NIJOS/OECD expert meeting on agricultural landscape indicators in Oslo, Norway, October 7-9, 2002. p 10-18.
- PARSONS, GLENN y CARLSON, ALLEN (2004) New Formalism and the Aesthetic Appreciation of Nature (with G. Parsons), *Journal of Aesthetics and Art Criticism* 62: 363-376.
- PESSOA, FERNANDO (1982) *Livro do desassossego* por Bernardo Soares, Lisboa, Ed. Ática, 2 vol.
- ROMERO MURUBE, JOAQUÍN (1995) *Artículos (1923-1968)* Hermandad Sacramental de la Soledad, Sevilla.
- SAITO, YURIKO (1997) The Japanese Aesthetics of Imperfection and Insufficiency, *The Journal Aesthetics and Art Criticism*. Vol. 55, 4: 377-385.
- SARLÖV HERLIN, INGRID (2001) Approaches to Forest Edges as Dynamic Structures and Functional Concepts, *Landscape Research*, Vol. 26, 1: 27–43.
- TIECK, LUDWIG (1971) *Vittoria Accorombona. Ein historischer Roman*, Verlag der Nation, Berlin.
- TONTS, M. Y GREIVE, S. (2002) Commodification and Creative Destruction in the Australian Rural Landscape: The Case of Bridgetown, Western Australia. *Australian Geographical Studies*, 40:1, 58-70.
- TOURNIER, MICHEL (1994) *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, Folio.
- TVEIT, M., ODE, Å. y FRY, G. (2006) Key concepts in a framework for analysing visual landscape character, *Landscape Research*, 31:3, 229 - 255
- VOULIGNY, ÉVELYNE y DOMON, GÉRALD (2006) La compréhension des valorisations paysagères. Vers une nouvelle méthode d'analyse des paysages de l'ordinaire. Coloquio *Paysages et acteurs: dimensions et enjeux politiques de la construction du paysage*, Université McGill, 17 de mayo de 2006.